

Artículos centrales

Entre la mismidad y la otredad La representación del prójimo y el anonadamiento del semejante

Gregorio Kaminsky*

Fecha de recepción: 1 de abril de 2014
Fecha de aceptación: 6 de mayo de 2014
Correspondencia a: Gregorio Kaminsky
Correo electrónico: jujak@arnet.com.ar

*. Licenciado y Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, y Psicólogo Social. Profesor Titular Carrera de Trabajo Social. FSOC - UBA.

Resumen:

Existe una problemática referida a la *subjetividad* y a la subjetividad *consigo misma*, la *mismidad*, conlleva *la cuestión del Otro*, espejo de lo propio, lo individual que retorna en uno mismo como reflejo; un *afuera* de sí.

En el juego de lo Otro se traza la *idea del semejante*, donde se extiende lo propio, lo singular, un otro al que le puedo dar cabida en el mundo de la mismidad, el *prójimo*.

Tras las fronteras de la mismidad se abre el mundo enajenado. *Estar alienado es ser otro en mí mismo*, el ser de la alienación constituye la esencia oscura del capitalismo. El proceso de trabajo produce este ser otro en mí mismo, así devengo ser social. La insuficiencia de la mismidad debe acompañarse de una *ajenidad otra*, aunque la concepción moderna pregone de que todo parte del *ego*, la constitución de la mismidad de lo moderno.

En nuestra tierra que pareció hacer del *Otro* distante y extraño un *prójimo*, un *semejante*, desde la *buena voluntad* ¿Porque devino el universo de las intolerancias?

Desde los confines greco-latinos existen modos de encuentro del *hospes* y del *hostis*.

Hospes es el Otro recibido en su mismidad, los hermanos a quien se da hospedaje. Hostis es el Otro pero reconocido como peregrino, extranjero no enemigo. La relación *Hostis-Hospes* con lleva *solidaridad, y fraternidad*.

Lo ajeno se vuelve amenazante porque hay una identidad nacional que se pretende autosuficiente. *No es hostis el Otro sino es el propio hospes y entre los hospes adviene el xenós*; el Hospes mutado en Hostis-xenós con el rictus de la modernidad neoliberal científico-técnica.

Palabras clave: Subjetividad - Mismidad - Ajenidad.

Resumo

Há um problema que se refere à subjetividade e subjetividade mesma, mesmice, envolve a questão do Outro , o espelho do eu, o eu individual retornando refletindo ; um se fora.

No jogo você gosta Outra idéia é desenhada ; que estende o mesmo , singular , outro que eu possa dar espaço no mundo da mesmice , o nosso vizinho.

Após os limites do mundo afastou individualidade abre . Para ser alienado é ser outro em mim mesmo; Sendo de alienação é a essência escuro do capitalismo. O processo de trabalho produz este ser um outro em mim mesmo e ser de competência social. O fracasso da mesmice deve ser acompanhada por outra alienação, mas o moderno pregone concepção de que todo o ego, a constituição da identidade do moderno.

Na nossa terra, que parecia fazer o distante e estranhamente um outro vizinho, um semelhante , uma vez que boa vontade Por que se tornou o mundo de intolerância?

A partir dos limites greco-latina , existem maneiras de atender as Hospes e hostis . Outra Hospes é recebido em sua mesmice, os irmãos que são dadas acomodações. Outra Hostis , mas é reconhecida como um peregrino, não inimigo estrangeiro. A Hostis - Hospes leva a respeito da solidariedade e da fraternidade.

O estranho se torna ameaçador , porque existe uma identidade nacional que busca a auto hostis não o outro, mas é Hospes próprios adventos Hospes entre Xenos . ; Hospes Hostis - Xenos mutado na ricto da modernidade científica e tecnológica neoliberal.

Palabras chave: Subjetividade - mesmice - alteridade.

Artículo

Existe una frecuentada problemática referida a la idea de la *subjetividad* y, dentro de esta amplia cuestión, existe otra más específica que se podría denominar como la de la relación de la subjetividad *consigo misma*, con lo propio de uno mismo, es decir, la *mismidad*.

Una de las cuestiones de esa problemática remite a aquello en donde también se contrasta, incluso confronta con fuerza, a la mismísima mismidad: *la cuestión del Otro*.

El Otro, se trata de un contraste frente y ante lo que la mismidad se pone en relación, en tanto espejo de lo propio, lo individual que retorna en su calidad especular, aquello de uno mismo que retorna como reflejo.

Cuestión del Otro, la remisión en un *afuera* de sí mismo ante un articulado juego que nunca se desprende -ni despoja- del problema del ser en general y el sí mismo, en particular.

Es en el juego de lo Otro cuando se traza la *idea del semejante*, "lo semejante" y viceversa; aquello

hasta donde se puede extender aquello que denominaría como lo mío, lo propio, lo singular. Allí puede estar (haber) un otro al que le puedo dar cabida en el mundo de la mismidad, que sería el semejante, devenido “*prójimo*”.

Pero, después o ‘más allá’ aparece (en verdad, re-aparece) el mundo un tanto borroso, impreciso, un tanto temible y hasta peligroso... Es el mundo que, distinguiéndose de la mismidad -del prójimo, del semejante- alcanza una frontera que desdibuja lo propio de sí para comenzar a trazar un abismo.

De ahí ese término que, en realidad ya tiene mucha tradición filosófica conceptual, que es la *nada*. Queremos decir: más allá de las fronteras de la mismidad se abre el abismo de la nada: la amenaza de anonadamiento del ser, es decir, aquel ser que puede abandonar, dejar de ser, para arrojarse en el abismo angustiante o mortal de la nada, ser que se vuelve nada.

Son diversas las corrientes y autores que dentro del existencialismo rechazan toda idea de esencia en la mismidad y, a la vez, ponen al hombre en el lugar de la existencia, pero siempre enfrentada, limitada, bordeada, franqueada por la región fantasmal, la dimensión anonadada de la nada. Se trata del mundo de la existencia y ese otro mundo, un tanto inquietante, el mundo de lo otro alienado, la alteridad en su raíz latina: el mundo enajenado.

Estar alienado es ser otro en mí mismo; sabemos que no ha sido la filosofía existencial sino básicamente la filosofía marxista (aunque con inequívocos orígenes presocráticos) quien ha trabajado el devastamiento del ser en *ser otro en mí mismo*: el ser de la alienación constituye la esencia oscura del capitalismo.

El proceso en el cual se produce, desarrolla y transcurre este ser otro en mí mismo es el proceso de trabajo, el proceso material (y también fantasmagórico) por el cual devengo ser social. Hay una relación con el anonadamiento que no es solamente entre el ser y la nada, entre el yo y el otro, porque lo más inquietante no acontece ni

en el yo ni en el otro, ni en el ser ni en la nada, sino en el medio, en el “*entre*” uno y otro.

Efectivamente, para componer algo es necesaria la existencia de este “tercero” que lo constituye, que lo inviste. Lo mismo, ‘lo otro’... y lo que va ‘en medio’. Parece cierto eso de que “no hay dos sin tres” y que entre la mismidad y la otredad hay que pensar en esos terceros.

Denegada la otredad, rechazado el ser como existencia social, repudiado el ‘entre’ como instancia de mediación, existe una adulteración de actos propios de la mismidad, una soberbia individualista de la mismidad; en una palabra, suficiencias de la mismidad que testimonian su misma *insuficiencia*.

La insuficiencia de la mismidad debe acompañarse, para constituir esta soberbia autosuficiencia, de la (imaginaria) construcción de una *ajenidad otra*, en una representación de lo otro que puede tener (y ha tenido) muchas características, pero existe una que no debe faltar o fallar: *la de no revelar o develar (especularmente) esta insuficiencia*.

Existen muchas representaciones e interpretaciones de la idea de cómo y hasta dónde puedo alcanzar la embriaguez de la mismidad, comenzando por su fórmula más eminente: la concepción moderna de que todo parte del *ego*.

Si todo comienza en y por el ego (cogito cartesiano), del cual todos somos en cierto modo (occidentales y no occidentales, por globalización) producto, entonces ¿cómo, cuando, adónde está la frontera en la que comienza a resonar la alarma de lo otro ajeno, extraño y peligroso? Sucede que, es en el curso de ese trayecto donde queda la residencia del semejante, la morada del prójimo.

Por allí aparecerán, adquirirán configuración moral, religiosa, filosófica... las políticas de la tolerancia, que forman parte indispensable en la constitución de la mismidad de lo moderno. No puede haber modernidad sin cierta ruptura histórica y sin cierta concepción de la subjetividad inaugurada por el pensamiento de la tolerancia protestante.

La tolerancia no presupone la acogida del Otro sino una estrategia de negociación, no excluye la beligerancia y, asimismo, la historia documenta que el cristianismo -católico, protestante- no descarta el exterminio. Esa figura de la mismidad de la modernidad subjetiva se globalizará en comportamientos político-militares de otras confesiones, para el caso: judíos y árabes.

2.

La historia de nuestro país se ha formulado en una generalizada narrativa que (nos) documenta la pertenencia a una nación relativamente nueva, cuyos tránsitos a la autonomía e independencia están signados por la *acogida a hombres y mujeres de buena voluntad*.

Moradores de una poblada tierra luego despojada que, aunque en sus primeros tiempos era casi nada lo que tenía para ofrecer, esa misma acogida -una ponderada hospitalidad- oficiaba como el mayor, mejor, tal vez el único posible ofrecimiento. Y, aquello que pareció su negatividad, un déficit, era posiblemente su mayor (y única) virtud, dentro de la fértil benignidad del territorio.

Habría que preguntarse si esa hospitalaria acogida se fundaba en la fertilidad de su suelo -el ganado, las mieses- o en la benignidad de un suelo que aspiraba a ser *poblado*. Arraiga allí una densa mitología de nuestras creencias nacionales: son bienvenidos los hombres y mujeres *de buena voluntad* y la posibilidad de configurar un mundo fecundado por el *extranjero*.

Una tierra que pareció disponer de un augurio noble y receptivo: hacer del *Otro* distante (en el espacio y el tiempo) y extraño (en el idioma y las costumbres) un *prójimo* cuyo devenir en estas tierras lo constituirá en un *semejante*.

Disponíamos de lo necesario: la tierra y el alma benignas; la fertilidad de las pampas más aquello que formulará una realidad con potencia imagi-

naria: la *buena voluntad* en dar bienvenida a hombres y mujeres dispuestos a la 'proximidad' y la 'semejanza'.

Los pre-requisitos reclamados eran exiguos: trabajo y buena voluntad, aunque no está demás interrogarse su calidad de pre-requisitos y, aún más, el carácter módico o austero, *exiguo*. La tierra y la buena voluntad; nosotros aquí, la tierra y ellos allá, la buena voluntad.

Es posible interrogarnos, hoy y con plenos derechos, adónde ha ido a parar todo eso. Sabemos que hay pampas, sabemos que los trabajadores y los productores del campo tienen sus graves problemas. Pero, cabe además otra y principal interrogación: ¿adónde o cómo ha quedado la idea de la *acogida*, amistosa, de hombres y mujeres *extranjeros*? ¿Acaso todos nosotros, hombres y mujeres, no hemos sido acogidos?; ¿acaso todos nosotros -nuestros abuelos y padres- no hemos sido portadores -acogedores- de esa *acogida*?

Carecientes de tierra, de trabajo y de pan, ¿carecíamos (carecemos) de esa virtud del alma que es la buena voluntad? ¿Nosotros, que hemos sido el Otro y desde hace muchos años engrosamos -no sin rivalidades, diferencias y enconos- las filas del prójimo y el mundo del semejante tan sólo hemos formado parte del universo de las intolerancias?

3.

En un artículo de los años noventa, el filósofo y político italiano Massimo Cacciari¹ apunta a ese designio que es en rigor el de todo pueblo, el lábil trazado entre el lenguaje de la acogida y la recepción de la hospitalidad.

Desde los recónditos confines greco-latinos existen los modos de encuentro del *hospes* y del *hostis*. ¿Quién es hospes? Es el Otro quien se recibe, es recibido, en su mismidad; el otro en la propia tierra, porque se inscribe al otro (al fin y al cabo, un extraño) entre los próximos-prójimos:

1. 'La paradoja del extranjero', en Archipiélago 26-27 Formas del exilio, Barcelona, invierno de 1996, pag.11. Ver también, Massimo Cacciari, El Archipiélago, Figuras del otro en Occidente, Eudeba, Buenos Aires, noviembre de 1999.

los propios hermanos; a quien se da *hospedaje*, ante quien se es *hospitalario*.

Hospes es aquel que vive dentro de una política del Otro que es la acogida, como los hombres de buena voluntad que abren su tierra para otros *hospes*, bien dispuestos ante una similar buena voluntad. Un modo social, existencial, de su etimología también proviene no sólo ‘hospedaje’ u ‘hospitalidad’ sino otro que atiende al alma y, además, el cuerpo: ‘*hospital*’...

¿Y quién es *hostis*? Es también un *hospes*, pero lejano. El *hostis* es el mismo Otro pero cuando es reconocido como peregrino, tal vez el exiliado, convertido en otro en tierra ajena. *Hostis* es un extraño, un extranjero, pero el *hostis* *nunca* es un enemigo; se trata de aquel *hospes* distante al que deseo acoger. ¿A quién deseo acoger?, a hombres y mujeres extraños, distantes, de buena voluntad, tal como decía una nación sudamericana escasamente poblada por hombres y mujeres medio románticos, medio ilustrados.

Seres humanos que devinieron *cives*, esto es: habitantes -futuros ciudadanos- cuya nota distintiva es la de ser ellos mismos *hospes*; hombres y mujeres dispuestos a recibir a *lejanos-prójimos hostis*; *nuevos y futuros hombres y mujeres de buena voluntad*.

Aquello que encarna la relación *Hostis-Hospes* no es la cínica tolerancia sino, muy por el contrario, la *solidaridad*, la *fraternidad*, pero la fraternidad en un otro aún distante y no necesariamente en el más próximo, el prójimo, esto es: no sólo a quien es espejo idéntico que ya es un semejante sino a quien todavía no lo es, pero puede ser *acogido* para serlo. El *Hostis*, como el griego *xénos*, guardan un área muy próxima a la de los términos que indican *amistad*, la denominada *filia* griega.

Cabe destacar, entonces, que el *hostis* no contaba en los orígenes semánticos con el matiz de enemistad que históricamente incubará, la hostilidad. Es el sentido histórico (historia del sentido, también) el que desplazará al *hostis* como quien es hostil, incluso enemigo (*inimicus*, *perduellis*)

con el que hoy se le conoce. Y, no es una mala pregunta interrogarse por los procesos sociales-existenciales de estos deslizamientos de sentido. Más allá de los deslizamientos semánticos y los embrollos o racionalizaciones jurídicas -desde el derecho romano al derecho político internacional- nos encontramos con que, para serlo, el *Hospes* requiere de sí ser asimismo un *Hostis* y que el *Hostis* puede ser enemigo o beligerante ante los otros porque resguarda el suelo propio, de los propios, que son *Hospes* para él.

Dice Cacciari: “Nosotros mismos, cuando somos huéspedes, en el sentido de los que dan hospitalidad, si lo somos es porque nos reconocemos siempre como *hostis*, o sea, también como extranjeros... Precisamente por ello, es decir, porque siempre nos reconocemos a nosotros mismos en esa condición, es por lo que podemos ser hospedadores y reconocer al huésped, el *hostis*”².

Es decir, hay una pareja *hospes-hostis* entre la mismidad subjetiva y el otro extranjero; no hay huésped sin anfitrión y viceversa. Porque, ¿de quien puedo ser huésped? No lo soy del prójimo ni del semejante sino del diferente. La hospitalidad y la acogida no se fundan con quien vive conmigo o yo vivo con él, o vivo de él o ella, etc.

Será en tiempos muy posteriores a Homero cuando los gramáticos latinos asociarán el *Hostis* y el *xénos*, a la relación de enemistad, a la persona a quien se reta, se desconfía, al Otro extraño pero ahora como ajeno (*xénos*) y definitivamente hostil (*hostis*).

Es necesario apuntar que, incluso, en el pensamiento latino está la idea de “justa guerra”, *justus hostis*, ante quien ha devenido peligroso para mí, y por lo tanto para los propios míos.

Aquel a quien se ve hostil, debe ser -como en la guerra- declarado como tal, esto es: enemigo, dentro de un ritual discursivo de declaración. Quien es hostil deviene peor que un extranjero; es aquel que se ha convertido en peligroso para mí y para los propios. Ante él no es posible ser

2. Ibid.

amigo acogedor, ni prójimo-próximo y devenir hospitalario: no cabe ser un *hospes*.

4.

Ser hospitalario de la gente de *buena voluntad*, del *extranjero* que es el *Otro*; ésta es la cuestión. Pero, ¿cómo puedo tener buena voluntad respecto del extraño, de aquel ante quien yo tracé una "delgada línea roja", líneas de frontera, bordes, límites con vidas al borde?

Desde las prometidas tierras de buena voluntad para promisorios hombres y mujeres *idem...*, hoy no parece que estas ilusionadas (ilusas?) historias del pensamiento iluminista-romántico puedan culminar como efectivamente culminaron: en tortuosas historias nocturnas de sangre, exilio, dolor y muerte.

Las inflamadas construcciones de la identidad nacional se golpean el pecho, solicitándonos siempre lo más caro de nuestros afectos. El sueño de la hospitalidad y la acogida al extranjero, la bienvenida al otro, parece ofrecer una retórica amistad, pero parece haberse trocado y traducido en pesadilla de convivencia hostil.

La identidad nacional puede trocar en apocalíptica microfísica de la seguridad nacional. Lo ajeno, convertido en amenazante alcanzó incluso el ámbito identitario especular de lo fraternal invertido en ajenidad, lo *fraternal ajeno*.

El *hospes* mutado en *hostis*. No es necesario buscar hostilidad exterior cuando es la ajenidad lo que se encuentra en propio territorio. La alteridad corroe la mismidad hasta el paroxismo, tuerce el principio de hospitalidad como el de inocencia presuntiva. Todo el mundo es peligroso, sospechoso, hasta que ese mundo culposo muestre lo contrario.

Cabe pues la pregunta y plantearnos el problema, o más bien el drama: si todo, y lo peor, procede de la otredad, del afuera de toda dignidad o si, por el contrario, proviene de esta exasperación racionalista y paranoica.

Mismidad especular y auto-identificatoria, que no reconoce otra-otredad; identidad que se pretende

autosuficiente, soberana de sus acciones y pasiones, en la gobernabilidad de sí misma y alienada de toda alteridad, y que se ha autoproducido en el rostro hostil a toda hospitalidad.

No es hostis el Otro sino es el propio hospes y entre los hospes adviene el xenós. El Hospes mutado en Hostis-xenós con el rictus de la modernidad neoliberal 'científico-técnica'. Es, precisamente, todo lo contrario a lo que afirman no pocas mitologías y religiones. Como en Grecia, donde Zeus ama, arropa y alimenta al extranjero. Incluso, el tema bíblico apunta y va mucho más allá: es Dios quien es el extranjero, quien está del otro lado.

En el mundo judeocristiano, es Dios quien proviene de la otredad, un extranjero en el mundo o del mundo. Es Dios que, siendo extraño, hospeda y acoge; y es precisamente la hospitalidad su mayor cualidad o virtud, su mejor enseñanza.

Según Cacciari es un tema que, como en Mateo, se repite e insiste a lo largo de todo el Nuevo Testamento, es Dios quien se presenta como *Hostis* y es quien se ofrece como *Hospes*.

Y es ese, el mismo Dios quien, como corazón y como bandera se porta en el denominado "encuentro de dos culturas" o descubrimiento del Otro en América, como dice Tzvetan Todorov. Conocemos los vanos esfuerzos de Bartolomé de Las Casas, monje dominico, para anteponer el igualitarismo de los hombres ante Dios, que frente a él no hay Hostis sino que, como Él, todos somos Hospes como Dios mismo —de Zeus a Jesús— lo es.

No hay que reiterarlo más: aquello que Europa trae y lleva a América no es un encuentro de dos culturas *Hospes-Hostis*, sino una "conquista" bajo la forma de "guerra" *Xenós-Inimicus-Perduellis*.

El otro no es el otro fraterno a quien se llevó la "buena nueva de la buena voluntad"; la buena nueva de Dios-extranjero, sino la mala noticia de un prolongado futuro de exterminio. Y esto ha sido llamado "descubrimiento de América".

Trágica y hasta semántica ironía porque, ¿cómo puede haber “*um*” descubrimiento? Nunca puede haber “*um*” descubrimiento. Si ha habido un descubrimiento es porque necesariamente se repudia la existencia del encuentro de, al menos, *dos*.

¿Existe quien descubre sin que, al mismo tiempo sea descubierto? Quiere decir que, aquí, el europeo, quien traía la muy noble idea del Dios-*hostis*, único, omnisciente y todopoderoso, era devoto pero, al menos miope. Creían en ello. Si no, no podemos explicar cómo un puñado de cientos pudo con cientos de miles.

En realidad, el tema no es el descubrimiento ni siquiera el encuentro de dos, sino el “*entre*”. El “*entre*” es que efectivamente no solamente se trajo la cultura europea a América sino que en realidad también América -sus tierras y su buena voluntad- la que se alienó, se llevó fuera de sí. Ese encuentro fue doble, porque en realidad el tema de la otredad debe ser un tema y una cuestión en la medida que comencemos a reflexionar un poco más en las insuficiencias, valoradas como autosuficiencias, soberbias y hasta totalitarias, de la mismidad.

Magna hospitalidad la nuestra que hoy expulsa lo humano nacional bajo los estigmas del éxodo: el peregrino, el exiliado, mientras que se hinca hacia un Otro que masca chicle y come alimento chatarra.

Las grandes construcciones racionalizantes de identidad -social, cultural, hasta sexual- que verifican las diversas concepciones que nos promueven en tanto que seres históricos inscriptos en la cartografía geopolítica de occidente ostentan, en sus múltiples encubrimientos, no pocas violencias interpretativas que escenifican los compromisos con el horror. Violencias en la representación de lo más propio, que presuponen hasta los modos más humillantes de la abyección, alientan, estimulan o promueven las formas de la muerte en vida -su anonadamiento- por desaparición o exterminio. ¿Qué otra cosa significan los nuevos modos de exclusión social sino relevos de esas formas aludidas?

No parece aventurado indagar, pues, la dimensión del Otro -alteridad peligrosa y amenazante- como la insuficiencia propia de la identidad en la mismidad.

